Globethics Repository



El gol de América Latina [El gol de América Latina]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Sánchez-León, Abelardo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 06:51:18
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219378

Nueva Sociedad Nro. 154 Marzo-Abril 1998, pp. 147-156.

El gol de América Latina

Abelardo Sánchez-León

Abelardo Sánchez-León: sociólogo, graduado en las universidades Católica de Lima y Nanterre de París. Trabaja en Desco, en temas de sociología urbana, la cultura y comunicaciones. Colabora en temas deportivos en las revistas ***Caretas***, ***Debate*** y ***Quehacer*** de Lima. ***La balada del gol perdido*** reúne sus crónicas periodísticas. Ha publicado dos novelas: ***Por la puerta falsa*** (1991) y ***La soledad del nadador*** (1996), y varios libros de poemas.

Palabras clave: fútbol, cultura del fútbol, América Latina.

Resumen:
El fútbol está de tal manera incorporado a la identidad cultural de los pueblos de nuestra región, que se podrían ensayar equivalencias entre los tipos de juego y la historia, la geografía, la composición étnica o la situación económica. El fútbol no solo construye rivalidades nacionales pasajeras o estructurales, también a veces permite instaurar un orden más democrático, a espaldas del impuesto por la política y la economía internacionales.

Entre abril de 1995 y noviembre de 1996 América del Sur estuvo unida por ese nudo humano que es el fútbol. Se trataba, nada menos, que de las eliminatorias al Mundial de Francia. En aquel torneo participaron nueve países; todos, menos el actual campeón Brasil: desde los llanos de Venezuela hasta el desierto chileno y desde las ramblas de Montevideo hasta las faldas del Pichincha en Quito. Ni la OEA es capaz de mantener tan juntos a los países que provienen de un mismo tronco cultural.

El programa dominical empezaba, generalmente, con los partidos matutinos en Quito y terminaba con los encuentros nocturnos en Buenos Aires o Santiago. El fútbol vivía intenso ya sea bajo el sol candente de Barranquilla o la lluvia destemplada de Montevideo. Millones de personas transitaban de un partido a otro y los fanáticos veían en la repetición (a eso de la media- noche) el match que no pudieron ver en vivo y en directo en la televisión. Qué Pacto Andino o Mercosur... La dulce sangre del fútbol ingresó mensualmente a la intimidad de los hogares latinoamericanos, se esparció como el rocío hacia los restaurantes y llegó, incluso, cuando el éxito favorecía, a las calles y parques de las grandes ciudades. Los

llamados latinos en Estados Unidos se reunían en bares especialmente acondicionados para ver en pantalla gigante cada uno de estos partidos, con sus broncas aparte, por supuesto. Broncas civilizadas, porque los peruanos o los colombianos se ubicaban aquí y los argentinos o los paraguayos se ubicaban allá... cada uno en su rincón.

América Latina ha logrado hacer convivir el enorme cariño que nos guardamos con las furias que surgen a raíz de un partido de fútbol, aun en aquellos países pequeños donde el fútbol no ha tenido resonancia internacional. Es el caso de El Salvador, por ejemplo, que Roque Dalton grafica perfectamente en uno de sus ya legendarios versos: «La eterna primavera siga contigo, compatriota / de los campeones centroamericanos (juveniles) de fútbol».

Las rivalidades fronterizas entre Ecuador y Perú o entre Colombia y Venezuela reviven con fuerza durante las eliminatorias. Las heridas de la Guerra del Pacífico reaparecen entre los tres países como un fantasma de piedra. La rivalidad entre Argentina y Uruguay... Solamente Paraguay y Venezuela escaparían de estas furias nacionalistas expresadas en el fútbol. Después, por supuesto, cada vez que uno tropieza con el ecuatoriano Manuel Chiriboga o con el chileno Jaime Ruiz Tagle o con el colombiano Gabriel Izquierdo, las risas son siempre las mismas, la amistad, incluso, mucho más profunda. Yo he llegado a sufrir en carne propia, tal como lo hizo Marta Escobar, cuando llevó a su pequeño hijo Jacinto al estadio Atahualpa de Quito a ver jugar a su selección contra Chile, en aquel partido que los mapochinos lograron empatar gracias al único ataque que realizaron en los 90 minutos.

Solamente el entrenador peruano Juan Carlos Oblitas, en una reciente entrevista con Jaime Baily, declaró que él no hincharía por Chile en el Mundial de Francia. Le desea la mejor de las suertes –Chile, no olvidemos, después del Mundial que organizó en 1962 no ha ganado un solo partido en un Mundial– porque nunca creyó que se portarían tan agresivos en el lance de Santiago. En el cálculo de probabilidades, sin embargo, cualquier sudamericano conoce a la perfección cómo va a ser la conducta del público. Un Perú-Uruguay en Lima o en Montevideo nunca tendrá una dosis de agresividad extra futbolística. O un Colombia-Paraguay. Las rivalidades extra deportivas, las agresividades, tienen su correlato histórico: Argentina-Chile; Chile-Perú; Chile-Bolivia; Perú-Ecuador. Siempre un problema fronterizo recorre a las almas buenas de Sechuan... y espantarían al utópico Simón Bolívar, más solo que nunca en el laberinto de la mezquindad. Pero cómo habrá sido la violencia en Santiago, para que la cara del capitán peruano, Juan Reynoso, trasluzca un verdadero pánico, pánico muy peruano, es cierto, que dice a las claras que el fútbol revela el temperamento de un país.

Siempre se ha dicho, de manera grosera y estática, que el fútbol latinoamericano tiene un estilo de juego diferente al europeo, su encarnizado rival a la hora de las comparaciones culturales. Esta afirmación puede ser cierta. Ahora, sin embargo, debemos reconocer que los estilos sudamericanos y europeos se han relativizado, y que las diferencias surgen al interior de los grandes bloques regionales. La inspiración, la habilidad y la creatividad atribuidas a futbolistas latinoamericanos no son extrañas a los europeos, a quienes se les caricaturizó como robots, hombres duros de cintura y escasos de ideas, sobre todo cuando provenían del otro lado de la Cortina de Hierro.

Nadie duda que un francés, un croata, un rumano e inclusive un inglés sea un jugador con una alta dosis de creatividad y habilidad. La técnica, como todos sabemos, se aprende. Los penales –Alemania no falla un penal desde hace muchísimos años, mientras México los falla casi todos: erró uno en casa, en 1986, justamente ante Alemania, y erró otro en Estados Unidos en 1994–; los tiros libres, los tiros de esquina y los goles de cabeza son expresiones técnicas que realizan profesionales hábiles al interior de un esquema táctico flexible y programado durante un tiempo largo, y que se plasma en un partido determinado. En realidad, eso es lo que prima en el fútbol moderno, y cada región, de acuerdo a su realidad e idiosincrasia, intenta acercarse a ese patrón casi universal.

Estilos y jerarquías en América del Sur

Brasil, Argentina y Uruguay pertenecen, históricamente, al primer bloque del fútbol americano en general. Son los países que ostentan la mayor cantidad de pergaminos, los que exportan la mayor cantidad de futbolistas de calidad: los tres países son verdaderas fábricas de jugadores, los que tienen los torneos más caros, mejor organizados y donde se juega el mejor fútbol de la región. De eso no cabe la menor duda.

Cualquier desconcertado film inglés que se localice en Argentina aludirá al tango y al fútbol y a los gauchos: de Martín Fierro a Diego Armando Maradona. Todos los escritores menos Borges, por supuesto, han sido hinchas de algún club. El arquitecto humanista Jorge Enrique Hardoy era, si no me equivoco, del Ríver (el único río que lleva acento, además) así como el uruguayo Eduardo Galeano debe ser del Peñarol. El padre de Romeo Grompone siempre se levantaba al pronunciar su nombre... La revista ***El Gráfico*** ha sido la biblia deportiva de Sudamérica (en el Perú se lee desde los años 30) y hasta Ernesto Sábato, el escritor latinoamericano más existencialista junto a Juan Carlos Onetti –tanto que los dos juntos se parecen a Sartre–, hace constantes referencias futbolísticas en su clásica novela ***Sobre héroes y tumbas***.

Argentina y Uruguay practican el fútbol más europeo de la región; al menos,

eso es lo que se cree. Las semejanzas empezarían con el clima –encuentros entre la neblina, frecuentemente con lluvia, frío garantizado, entrenadores cobijados en elegantes abrigos, jugadores que llevan los novedosos guantes negros– luego la blancura de los jugadores, aunque ahora, tanto en los torneos argentinos como en los europeos hay numerosos futbolistas negros –el excéntrico colombiano Palomo Usuriaga en el Independiente, de Avellaneda, o la gran cantidad de africanos que militan en el fútbol de Francia, España o Inglaterra. Las semejanzas continuarían en aquello que se llama estado atlético de los deportistas; buena alimentación, talla que se traduce en el ***pressing*** o la dinámica; es decir, los partidos son a morir, de marca intensa, con el trasfondo sociológico de los cánticos nacidos en las canteras del peronismo, las banderas en alto y las no invitadas barras bravas (un muerto reciente y escándalo en el Huracán-San Lorenzo de Almagro).

Uruguay ha sufrido modificaciones graves en su fútbol: su torneo arroja pérdidas económicas, la rivalidad Peñarol-Nacional ha monopolizado los títulos, sus futbolistas migran desde un inicio, casi adolescentes (los geniales, los buenos, los regulares, los malos, todos se van a diferentes mercados) y ello ha quedado graficado en las recientes eliminatorias al Mundial de Francia: Uruguay superó solamente a Bolivia, Ecuador y Venezuela. La «Suiza de América» se convirtió en un desorden dirigencial de proporciones, cuando cambió en tres oportunidades al director técnico (el tercero fue el famoso y querido octogenario Roque Máspoli) que ilumina acerca del caos existente en su federación. A pesar de que todos sus jugadores militan en el extranjero, y muchos en torneos competitivos, la selección uruguaya es la que más ha retrocedido en cuanto a lentitud y dureza. Muchas veces su temperamento se confunde con simple brusquedad. Si hiciéramos una comparación con su sociedad, podríamos ver que el estancamiento económico y la ausencia de cambios y giros y modificaciones internas se expresan en su fútbol cansino, pausado, de pases largos. Siempre, por supuesto, como expresión máxima de valores consolidados, cuenta con un excelente portero y una defensa que no duda en mostrar garra y valor.

Brasil es, definitivamente, un caso aparte. Es la Alemania de América: cuando no tiene grandes jugadores suele salir segundo, y cuando los tiene, primero. Franz Beckenbauer, siendo entrenador de Alemania en 1986, declaró que no había existido otro equipo alemán tan malo como ese, y salió segundo. No olvidemos que Brasil pasó 24 años –de 1970 a 1994– sin salir campeón; pero siempre asistió a un Mundial, siempre asustó, siempre fue la selección del talento y de los corazones del mundo, sobre todo en España 82 y en México 86, eliminado por las circunstancias y el azar.

Brasil es la selección mestiza por excelencia. La mágica combinación de

blancos, mulatos y negros, da grandes resultados. En ese sentido –y guardando las distancias– las selecciones peruana y colombiana se le parecen. En el Perú siempre se decía que cuando una selección tenía cuatro cholos de defensas –duros, agarrados, fuertes–, dos blancos de volantes –creadores, inteligentes, desinhibidos– y cuatro negros de delanteros –ágiles, habilidosos, rápidos– nadie nos ganaba. Y quizá sea verdad. En el caso brasileño, sin duda, el mestizaje se traduce en habilidad, talento y fortaleza atlética.

Por lo general, cuenta con defensores rudos, con marcadores de punta de gran resistencia, con volantes sencillamente geniales y con delanteros hábiles o potentes. La gran capacidad de Brasil es y ha sido la de combinar esas posibilidades –que su extenso y variado territorio permite– para plasmar en un solo equipo las variantes existentes: la habilidad singular de Garrincha, la inteligencia de Zico o Sócrates, la pujanza de Junior, la visión de gol de Vavá, la energía de Rivelino, la sabiduría de Didí, la potencia de Ronaldo, el carisma de Roberto Carlos. Es decir, amigo coleccionista, usted tiene el menú futbolístico más variado del planeta. Pelé.

Como Brasil tiene vocación de potencia mundial –150 millones de habitantes– se ha visto en la obligación de planificar su deporte, no solamente el futbolístico –Brasil es hoy una potencia mundial en varias disciplinas– y preocuparse por su organización. En Brasil existe un Ministerio del Deporte. Su actual selección, ya clasificada a Francia, participó en la Copa América y realiza frecuentes giras internacionales. Siempre está en constante fogueo y siempre es un espectáculo y un gran negocio. Como Brasil ha tomado conciencia de que Africa está solamente a unas cuantas leguas y gran parte de su tronco cultural proviene de esa música y de esa salsa, le encanta jugar allá, incluso en Africa del Sur, donde hubo un lleno total cuando la venció en un partido amistoso 2 a 1. Mario Lobo Zagallo, su actual ***coach***, no puede repetir la frase del recordado Vicente Feola, entrenador de Brasil en 1958 y 1962: «son tan buenos que juegan solos, sin que yo les diga nada». Con Vicente Feola Brasil simplemente se ponía a jugar.

Los fracasos estrepitosos del fútbol brasileño han sido en el Mundial de Inglaterra 66 (eliminados en base a una violencia consentida) y Alemania 74, torneo en el cual Holanda le dio una lección de fútbol total o moderno, que superaba el clásico 4-2-4, planteo con el que Brasil había triunfado en México 70. Brasil y Argentina tuvieron que replantear toda su concepción de vida después del Mundial de 1974, porque sencillamente Holanda los destrozó, incluso Polonia humilló a Brasil, y cuatro años después, con César Luis Menotti de entrenador, Argentina dejó de lado su engreimiento, su displicencia, su falta de organización, para encarar su Mundial y vencer en la final a la misma Holanda. Brasil sufrió un trauma en 1974. Tuvo que

replantear la esencia de su juego –la fiesta innata, el don natural– y entender que el fútbol empezaba a parecerse más a Sao Paulo que a Bahía. Jorge Amado no podía morir, pero debía incluir en su vestuario alguna corbata y algún saco y hasta un eventual terno. Brasil recurrió a intelectuales como Sócrates o Zico en ese tránsito. En España, en el Mundial de 1982, su generosidad por agradar, por saberse un país enorme, por no ser mezquino en su actitud, por ser así como son, descalzos y risueños, hijos de Sonia Braga en la recordada ***Gabriela***, fue eliminado por Italia, que calculando y calculando sacó de la manga tres fulminantes contragolpes, que llevaban, además, nombre propio: Paolo Rossi, el segundo «bambino» del fútbol ***azzurri***.

Los sufrimientos brasileños se remontan aún más atrás si recordamos el fracaso de Maracaná en 1950, cuando organizaron su Mundial. Ese torneo representaba cosas significativas: la reanudación de los campeonatos mundiales después de la Segunda Guerra y –además– en tierras americanas. Fue el segundo Mundial americano y abría el planeta hacia estos lares en expansión. Los gloriosos años 50, favorecidos todos con la guerra de Corea, le enseñaron a Brasil que el camino del éxito suele incorporar las derrotas, y que de éstas se aprende. A primera vista, podríamos creer que a Brasil le ha resultado fácil obtener cuatro coronas mundiales, pero no. Repasemos: los triunfos de 1958 y 1962 vienen precedidos del fracaso de 1950. El triunfo de 1970 viene precedido de la terrible eliminación en Inglaterra. Y el triunfo de 1994 (24 años después) es heredero de muchos fracasos.

Brasil es conciente de que representa una opción en muchos terrenos en el próximo siglo. Definitivamente es la potencia de América del Sur. Su relación comercial con Estados Unidos no es del todo fluida. La Amazonia (con o sin acento) es su territorio natural. Es la figura de Mercosur. La «torcida» está en cuanto torneo existe: sudamericanos, panamericanos, olimpiadas, mundiales... Brasil es Brasil en natación, en atletismo, en básketbol y en vóleibol (femenino y masculino). El resto somos nosotros: los nueves países restantes. La rivalidad con los argentinos se explica por una sola razón: los argentinos sí les pueden ganar jugando al fútbol, le han ganado, saben cómo ganarle, logran imponer una cierta racionalidad a ese estilo suelto de huesos que tienen los brasileños. Quizá con la excepción de Uruguay, que antaño asustaba porque comían carne desde chiquitos, ningún otro país americano tiene como hábito o rutina ganarle a Brasil.

Los intermedios

Los países que se encuentran en este nivel del escalafón futbolístico son aquellos que tienen como máxima pretensión asistir al Mundial de fútbol –aunque sea para ver y no sufrir una de esas traumáticas goleadas– o ser campeón de la Copa América. Por un buen tiempo este pequeño honor lo

compartieron Perú y Chile, los dos vecinos más disímiles del mundo, que se miran las caras y desean tener lo que tiene el otro: la gracia y el eventual talento gitano peruano y la disciplina y el orden chileno.

Recién a partir de 1990, Colombia se integró a ese esforzado grupo acompañante de los grandes. Paraguay, a pesar de su perfil bajo, se ha convertido en una fuerza indómita que extrae su savia de las raíces más profundas del continente. No debemos olvidar que en 1962 Colombia participó en el Mundial de Chile, en la sede de Arica, reservada especialmente para los peruanos, pero como los peruanos están acostumbrados a perder cuando las apuestas los designan como favoritos, le cedió su lugar a los magos de la cumbia. Es a partir de 1990 que Colombia sube varios peldaños y logra mantenerse en un lugar expectante, ya que ha participando en tres mundiales consecutivos: 1990, 1994, 1998. A decir verdad, Colombia ha desplazado a Chile y al Perú, y se ha convertido en un fútbol sólido.

Estos países pueden dividirse en dos bloques culturales: los del área andina, pero con una fortísima carga caribeña-negroide –es el caso de Colombia, Perú y Ecuador– y los países asentados en sus añoradas raíces nativas, como serían Paraguay y Chile. Tanto Colombia, Perú y Ecuador juegan muchísimo mejor cuando hay más gente de color, como se dice, en sus selecciones. Colombia no tiene problema alguno para vestirse de negro cuando hay que armar una selección nacional; el Perú tampoco, es cierto, y solamente Ecuador –país andino por naturaleza, dividido entre su costa guayaquileña y su sierra quiteña– siente que la fuerte procedencia de Esmeraldas le extrae un cierto sabor al Ecuador profundo.

Sin lugar a dudas, Chile y Colombia han tenido un crecimiento económico que, de alguna manera, va aparejado con sus triunfos futbolísticos. Colombia ha logrado asentarse en un lugar de privilegio y tanto sus clubes como sus ciudades son una muestra de la descentralización de su territorio. El narcotráfico –aseguran muchos– ha puesto su granito de arena a través de grandes inversiones en el fútbol. Cali y Medellín han sido las ciudades del fútbol, Barranquilla la sede de las eliminatorias a Francia 98 y Bogotá so- lamente la mustia capital del olvidado Millonarios. Colombia ha poblado de negros su defensa y su delantera. Ha creado la extravagante etnia llamada Pibe Valderrama (la encarnación inaudita de todas las pieles y razas: cuando corre es blanco, cuando ríe es mulato, cuando está serio es asiático) y a esa otra maravilla que proviene de Maravilla Gamboa y culmina en el Tino Asprilla, un verdadero tambor africano, de largas calancas y zigzagueante desplazamiento. Asimismo, a las tres moles humanas: Rincón, Perea y Valencia, pero sobre todo a ese prototipo salido de las canteras de la imaginación garcíamarqueana llamado René Higuita. Si Gabo lo hubiese convertido en personaje de ***Cien***

años de soledad, todos habrían dicho que estaba mintiendo o exagerando. Esa Colombia explosiva, metida entre los fuegos del narcotráfico, la guerrilla, la poesía y el calor de sus mujeres tuvo su cima en los años 90 cuando su fútbol empezó a creer en sí mismo. Cierto es que Colombia ha invertido en contrataciones de jugadores extranjeros –desde el legendario Dorado– hasta el presente, y ha logrado aprender de todos los ***cracks*** que pisaron su tierra.

Chile, en relación a Colombia, expresa una austeridad propia de su delgado territorio y no ha tenido ni picos tan altos ni tan bajos. Mantiene, eso sí, una relativa continuidad en sus éxitos. Curiosamente, Chile siempre está en la disputa, pero no ha tenido deslumbrantes actuaciones. Perú sí: ha ganado encuentros en los que perdía por 2 a 0, le ha empatado a Holanda, a Italia y le ha ganado a Escocia en torneos mundiales, pero también ha sufrido en los mismos torneos, al día siguiente, desastres, cataclismos, tragedias: 6 a 0 contra Argentina, 3 a 0 contra Brasil, 5 a 1 contra Polonia. Chile, no: gris, parejo, de 0 a 0 acumula puntajes fríamente calculados. Cuando aparece una gran figura como Iván Zamorano o el Chino Ríos en tenis, el que menos pensaría que todos juegan como ellos; pero no, solamente son un pico histórico muy bien trabajado por el espíritu ***marketero*** del sur. Chile juega fútbol como su clase media: empeñosa, pero sin deslumbrar, muy ordenada, ahorrativa, conciente de que las cosas les han resultado después de muchos esfuerzos.

Sería interesante saber si el auge económico de los últimos años ha modificado esta actitud clásica del pueblo chileno, que confía mucho más en el empeño que en el talento. Chile, país nato de poetas es, sin embargo, el emblema del pueblo que lucha contra un territorio agreste. Claro: la imagen gloriosa, pero al mismo tiempo árida de su desierto, es un tema central en la obra de Raúl Zurita, uno de sus poetas recientes más importantes.

El Perú, conocido mundialmente por su cocina y por el andar dulzón de sus mujeres costeñas, es un país duro, recio, en sus Andes, y totalmente abierto en su selva amazónica. Su fútbol, sin embargo, está asociado a su costa, a esa tripa de arena sólo intercalada por valles y ciudades cuando algún río desciende de las alturas. Su fútbol encarna ese espíritu de resolana costeña; un poco a medias, siempre ligero, se expresa en la vaguedad de sus movimientos. El fútbol peruano no tiene la garra guaraní ni la roca dura de Bolivia. Ni siquiera el frío clima chileno o argentino. Brasil quiere ser su modelo, no por la calidad o el desarrollo de sus jugadores, sino por la tibieza y la parsimonia de sus movimientos, antaño mucho más evidente. El negro peruano siempre estuvo asimilado a la cultura y al poder de los blancos costeños e hizo con ellos una extraña alianza, alianza que produjo un club popular pero nunca matrimonios interétnicos. Los negros peruanos, así como los mestizos, todos de origen popular, son quienes

juegan al fútbol profesional. Esto le podría dar un cierto encanto de fiesta, pero también una gran inseguridad, sobre todo en estos últimos años donde la crisis política y económica se han establecido, la violencia terrorista ha desestabilizado durante una década a la autoridad y cuando la televisión es una presión de dinero y espectáculo y de negocio universal.

La hipótesis suena interesante, pero también algo rígida: el desarrollo económico de las últimas décadas en Colombia y en Chile explicarían su crecimiento futbolístico en relación al Perú, por ejemplo, que se asemeja muchísimo más al Ecuador que a cualquier otro país de América del Sur. Si uno se detiene y analiza los indicadores sociales elaborados por el Banco Mundial para 1997, constatará que entre el Perú y el Ecuador no hay mayores diferencias, y que Colombia y Chile los superan en todos los rubros de desarrollo. Ecuador, Perú y Bolivia, allí donde se cierra el círculo andino de pobreza, postración, marginalidad, aun en el fútbol, donde Ecuador y Perú logran negrearse y se vuelven costeños, prehispánicos maravillosos, plagados de huacos que reproducen escenas de la vida cotidiana, doméstica, sin pretensiones bélicas, son los países que luchan en los últimos escalones.

Claro, Bolivia –de la mano de un entrenador vasco– llegó por primera vez en su historia a un Mundial en 1990 y debutó ante Alemania, a quien verdaderamente asustó, como le corresponde a un cuadro sudamericano de segundo orden. Bolivia jugó tan bien que dicen que algunas manos de la mafia mojaron el terreno de juego en el entretiempo para que el arquero boliviano se resbalara, cosa que ocurrió, y así pudiera vencer Alemania. Quién sabe... Lo cierto es que Bolivia fue al Mundial y deja solamente a Ecuador y a Venezuela como los únicos países de América del Sur que nunca han asistido a un torneo de esa envergadura.

A este último grupo se agrega, curiosamente, Venezuela, país hasta hace muy pocos años rico para el promedio de la región y ahora miembro de los países que hacen crisis traumática. De acuerdo a la Conferencia Interamericana de Estadística, solamente El Salvador, Bolivia y Nicaragua tienen mayor población en extrema pobreza que Venezuela. Increíble. Impensable hace algunos años. Curiosamente, a pesar de no ser un país que ama el fútbol, tal como sucede con Nicaragua y Cuba, Venezuela sí es un país de deportistas. Hace años que sale campeón de los Juegos Bolivarianos, seguido por Colombia, y hace años que en ese torneo vence, sin duda alguna, en atletismo, en natación y en una serie de deportes considerados amateur, no así en el fútbol o en el vóley, donde muy bien podría triunfar si se dedicara a esas disciplinas.

No deja de ser raro que los países donde el fútbol no es una pasión sean buenos en diversos deportes. Es el caso de Venezuela y Cuba, por ejemplo. En cambio, los países que aman monogámicamente el fútbol,

aun cuando sea de baja calidad, ostentan excesivos programas radiales y televisivos dedicados exclusivamente al fútbol y no descollan en otras disciplinas. Sin duda, es el caso de Ecuador –con la excepción de sus maratonistas–, del Perú –con la excepción de sus voleibolistas mujeres, como siempre se recalcó–, Uruguay o Chile. Fútbol y solamente fútbol, hasta el punto de convertir también a las mujeres en aficionadas o inaugurar un club llamado Mujeres Abandonadas por sus Maridos Amantes del Fútbol.

La poeta peruana Giovanna Polalloro tiene un excelente poema al respecto, en donde recrea la indiferencia del marido un domingo por la tarde cuando escucha tumbado en su cama, después de almorzar, la trasmisión de un partido –sea en la radio o en la televisión– totalmente ajeno a lo que a ella le pueda suceder en ese momento. La poeta peruana Blanca Varela dijo en una oportunidad que tuvo que aprender a gustar del fútbol para poder compartir un espacio con sus dos hijos. O hacía eso o quedaba fuera. Sin duda, podemos afirmar que el fútbol –un deporte tremendamente varonil a pesar del fútbol practicado por las mujeres– toma en cuenta a la mujer como aficionada o como espectadora, e intenta, por todos los medios, ser un deporte que tome en consideración algunas sensibilidades femeninas. El tema es complicado, pero da pistas a hipótesis interesantes. Definitivamente, el fútbol no es exclusivamente el foro romano de hombres enfrentados entre sí, un espacio machista, a pesar de los actos vandálicos. El espectáculo en sí mismo asume rasgos femeninos, como la flexibilidad, la armonía, la plasticidad, la generosa entrega como contrapeso de la rudeza y la mala intención. El fútbol puede lograr esto con mayores logros que el fútbol americano. Supongo, al menos.

Venezuela, en fútbol, nació para ser goleada, algo así como «Born to be kill». En sus buenos tiempos, en los del petróleo, no le daban importancia al asunto porque eran ricos y famosos, y el fútbol no era el béisbol donde sí acostumbran brillar con luz propia. Béisbol y whisky riman, desde la mirada angurrienta de América del Sur, pero a finales de siglo, cuando las estadísticas son crueles y el whisky escasea, las goleadas en el fútbol dejan de ser broma, hieren la autoestima del pueblo y las autoridades empiezan a tomar en serio alguna inversión que atraiga la mirada hacia la «latinidad» futbolística y no hacia la «gringuidad» beisbolística. Es lo que Edwin Zablah diría en relación a la afición nacional y absoluta del béisbol en Nicaragua: el horrible enclave imperialista que nos dejó hecho añicos y amando el béisbol.

Venezuela y Ecuador son los únicos países de América del Sur que no han participado en un Mundial de fútbol. México, Canadá, Estados Unidos, Costa Rica, Jamaica, sí lo han hecho. Y Bolivia. Pero como protagonistas solamente están Brasil y Argentina y, antaño, Uruguay. Colombia y Perú

tienen unos desequilibrios impresionantes. Chile y Paraguay participan sin pena ni gloria, pero sin goleadas tampoco. Indudablemente, en un deporte tan exigente como es el fútbol en la actualidad, es factible establecer una relación entre el desarrollo económico del país y sus éxitos deportivos. La crisis peruana a partir de los años 70 explicaría ese descenso que se vuelve crónico a partir de los primeros años de los 80. Chile, durante la dictadura pinochetista participó en dos mundiales (1974/1982) y desaparece luego de la escena mundialista por quince años, igual que el Perú. Colombia ocupa ahora ese lugar y lo comparte de alguna manera, más bien coyuntural, con Paraguay que, eventualmente, asoma desde su tradición y mete un arañazo cada cierto tiempo.

Por más que numerosos periodistas afirmen que las distancias se acortan, la realidad muestra claramente la existencia de estos bloques económicos, de desarrollo institucional, de descentralización y poderes locales y su crecimiento deportivo, sobre todo en el fútbol. Resulta innegable. Esta imagen perdura en la retina de la población de cada país, conciente, sin embargo, de que el fútbol es el deporte más democrático del mundo –de allí uno de sus secretos encantos– y permite que Marruecos derrote –no que salga campeón– a Alemania, que Perú elimine a Argentina en 1970, etc. Encantos que hacen saltar a los pueblos desde la raíz de su tierra, como les ocurrió a los iraníes al eliminar a Australia, de visitantes, del Mundial de Francia.



La ilustración acompañó a este artículo en la edición impresa de la revista